



ARTICLES:

Christina Civantos. "The Pliable Page: Turn-of-the-21st-Century Reworkings of Villaverde's <i>Cecilia Valdés</i> ."	2
Guadalupe Gerardi. "Interrogating Monstrosity and the Grotesque in Griselda Gambaro's <i>Nada que ver</i> and <i>Nada que ver con otra historia</i> ."	13
Rodrigo Viqueira. "La escritura fonografía de Rodolfo Walsh: La grabadora y la disputa por la voz obrera en <i>¿Quién mató a Rosendo?</i> ."	21
Daniel Arbino. "'Together We're Strong': Cross-Cultural Solidarity in Angie Cruz's <i>Dominicana</i> ."	30
Marisela Fleites-Lear. "Miamiando: Performing Cubanness in the Time of Elián in Jennine Capó Crucet's <i>Make Your Home Among Strangers</i> ."	40
Teddy Duncan, Jr. "Politics of Dismissal and Death: <i>Tentacle</i> , Necropolitics, and the Political Subject."	49
Cynthia Martínez. "The Ghost and the Double: Identity, Migration, and Storytelling in Francisco Goldman's <i>The Long Night of White Chickens</i> ."	54

CREATIVE:

Lucía E. Orellana Damacela. "Blues."	65
Esteban Córdoba. Two short stories: "Espera" and "Risco."	69
Paul Evaristo García. "Darkest Before Dawn."	71
Ana Duclaud. "Alto Oleaje."	76
Alexander Ramirez. "The Decay of the Angel."	79
Shane Blackman. Three Sonnets: "Listen to Irene Cara", "Octavio Paz and the Nobel", "The Goals of Diego Maradona."	83
Allen Zegarra Acevedo. "Los de arriba."	85
Elliott Turner. "El Cautiverio."	87
Erika Said Izaguirre. "Del north al south."	95
Thomas Glave. "But Who Could Have Known? (Grief, Gratitude)."	104
Óscar Gabriel Chaidez. "Yuma."	111

REVIEWS:

<i>Nuevos fantasmas recorren México. Lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI.</i> Por Carolyn Wolfenzon. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana -Vervuert, 2020. 338 páginas. Reviewed by: Roberto Cruz-Arzabal.	115
<i>Le Maya Q'atzij/Our Maya Word: Poetics of Resistance in Guatemala.</i> By Emil Keme'. University of Minnesota Press, 2021. 258 pages. Reviewed by: Ignacio Carvajal.	117
<i>Centenary Subjects: Race, Reason, & Rupture in the Americas.</i> By Shawn McDaniel. Vanderbilt University Press, 2021. 282 pages. Reviewed by: Anibal González Pérez	119
<i>Falso subalterno. Testimonio y ficción en la narrativa chilena de postdictadura.</i> By José Salomon Gebhard. Santiago: Piso Diez Ediciones, 2021. 196 pages. Reviewed by: Ana Traverso Münnich	121

Blues

Lucía E. Orellana Damacela

BIOGRAPHICAL NOTE: Lucía E. Orellana Damacela es una escritora, educadora e investigadora nacida en Guayaquil, Ecuador. Lucía ha publicado los poemarios *InHERent* (Fly on the Wall Press, UK, 2020), *Longevity River* (Plan B Press, 2019), *Sea of Rocks* (Unsolicited Press, 2018) y *Life Lines* (Talbot-Heindl, 2018). Sus textos han aparecido en antologías y revistas literarias como *Tin House Online*, *Pank*, *Carve*, la antología *Tales of Two Cities: Singapore and Hong Kong*, entre otras. Ha participado en festivales y lecturas en Nueva York, Bali y Singapur. Lucía tiene un doctorado en Psicología Social de Loyola University Chicago, ha sido docente de la Universidad Católica de Guayaquil y profesora visitante en New York University, donde obtuvo una maestría en Escritura Creativa.

Luz sintió las lágrimas correr por sus mejillas en cuanto llegó a la oficina. Se las trató de secar con el dorso de la mano, que le quedó empapado de azul. De dónde venía ese azul. Ella solo usaba plumas y marcadores negros, púrpuras y rojos. Revisó su escritorio; no encontró restos de tinta azul en ninguna parte. Se examinó las manos: limpias, para nada embadurnadas de tinta, excepto por las manchas recientes y acuosas. Y por qué el lagrimeo. No era de alergia: no sentía los ojos irritados. Tampoco eran lágrimas de emoción. No tenía ganas de llorar; no ese día. Se volvió a tocar las mejillas con la punta de sus dedos, y también se mancharon con agua azulada. Qué mierda le estaba pasando. Y qué tipo de azul era ese.

Tomó su móvil del bolso y lo puso en foto frontal. Lucía como si le hubieran lanzado en cada ojo un globo con agua tinturada, de esos que se lanzaban en los carnavales de su ciudad, excepto que estos eran diminutos. Pero no estaba en su ciudad, no era carnaval, y nadie le había lanzado globitos. Sus ojeras, acentuadas por las noches de mal dormir, también estaban azuladas. El color se concentraba más en la piel interior de los párpados; como pintados con delineador. Pero no se había maquillado para ir a la oficina. Se había podido dormir recién en la madrugada, se despertó un poco tarde, y había tenido que salir de prisa para llegar a tiempo al museo. Y ella ni siquiera tenía delineador azul. Fuese cual fuese la explicación, allí estaba ella, en la pantalla de su móvil, con ojos inundados de lágrimas, como las pinturas de la serie de la mujer llorando que había examinado la noche anterior, aun cuando esa mujer no lloraba lágrimas azules. Ahí estaba ella, con una apariencia trágica. Una tristeza que no sentía. Pero, cómo diablos podía ella saber lo que sentía. Eso lo mantenía embalsado detrás de la represa química que reforzaba con píldoras cada mañana.

Necesitaba un espacio con privacidad donde pudiera decidir qué hacer. Caminó rápido hacia el baño para no encontrarse con nadie. No quería contestar preguntas curiosas sobre lo que le ocurría, bienintencionadas o no. ¿Qué diantres podía contestar? Cuando pasó por el mesón del café, el olor a rutina la embargó. En

circunstancias normales, a esa hora en la mañana estaría tomando café con leche de almendras, caliente en sus manos y en su boca, de sabor predecible. Le urgía consumir algo de cafeína. Inhaló una bocanada grande, luego otra. Eso debía ser suficiente por el momento. Siguió su camino mirando al piso, escuchando en su cabeza el eco de sus tacones retumbando sobre las baldosas de granito.

Se acordó de la historia de una mujer del siglo XVII que vomitaba ranas. Los médicos que la examinaron no acertaban a identificar qué le pasaba. Su acto se convirtió en un espectáculo que iba de pueblo en pueblo, una exhibición itinerante. Un freak show. Por supuesto, después se descubrió que era un fake show. Una impostora.

Mientras caminaba por el pasillo interior, reservado a los empleados, Luz podía ver, tras los cristales, una de las galerías de arte religioso. Desde la pared, una Virgen María renacentista miraba hacia el techo con ojos de sublime abnegación. Su cuerpo enmarcado en un manto azul ultramarino, el color asignado a la Virgen, de una luminosidad casi fuera de este mundo. Ese no era su azul.

Cuando llegó al baño, tomó un par de toallas de papel, las sostuvo bajo su ojo derecho, se abrió el párpado inferior y se miró en el espejo. Además del borde azul, no vio ninguna irritación. Luego se examinó el otro ojo, nada. Notó que el lagrimeo le había mojado la blusa violeta, el color de la melancolía. Puso jabón en una toalla de papel fresca y la limpió. Las manchas se sometieron al vigor de su mano y se atenuaron hasta casi pasar desapercibidas. Como ella, a veces.

Y qué día más inoportuno para que le pasara lo que fuera que le estuviera pasando. En la tarde tenía la reunión con recursos humanos. Se interrumpió al oír pasos acercándose, y decidió esconderse en el cubículo del fondo. Por el resquicio de la puerta pudo ver que entraron dos colegas. Qué crees, preguntó una, la que había entrado al cubículo en el otro extremo. Creo que es una dramática, una exagerada, y que se cree especial, le contestó la

otra, desde el cubículo del medio. Será todo lo que dices, pero no la has acusado de mentirosa; no sé tú, pero yo sí le creo, respondió la primera, ya afuera del cubículo, mientras se lavaban las manos.

Luz salió de su escondite en cuanto se fueron las dos mujeres. Se sintió algo reconfortada por la conversación que acababa de escuchar. Volvió a verse en el espejo y notó que las lágrimas habían amenguado. Se limpió nuevamente con toallas de papel y buscó en su celular al oftalmólogo más cercano. La Clínica del ojo, atendida por un doctor Randa, quedaba a cuatro cuadras del museo. Era ya octubre y el día estaba frío y nublado, pero Luz igual se caló las gafas de sol antes de salir. No iba a llamar a hacer cita. Esto era una emergencia. Se iba a presentar para que la atendieran de inmediato.

Mandó un texto a la compañera con la que iba a tener una reunión en menos de media hora, pidiéndole aplazarla para más tarde, aunque era urgente, como todo lo que tenía en su lista del día. Ella le contestó con un "K". Por la puerta entreabierta de la sala de reuniones vio que el jefe supremo y otros curadores estaban entreteniendo a un grupo de benefactores. Entonces entendió por qué la oficina estaba vacía. Oyó su voz de gramófono dislocado tocando al vacío y se le erizaron los vellos. Con razón su jefe no la había estado esperando en la mañana en su cubículo con el pretexto de revisar el progreso de la exhibición, listo a exhalarle su vaho grasiento sobre la nuca mientras hacía observaciones que trataban de ser ingeniosas, pero solo eran de mal gusto. Mirando hacia adelante, Luz se escurrió de la oficina con media docena de toallas de papel dobladas, metidas en el bolsillo de su sobretodo gris.

El día se estaba perfilando muy diferente a como lo había planeado. Pensaba que iba a estar revisando su declaración, escogiendo las palabras, dándose ánimo. El lagrimeo azul definitivamente la había distraído de lo que hasta hace una hora había sido su preocupación principal.

Le tomó diez minutos llegar a la clínica, que era más bien un consultorio, localizado en el piso bajo de un edificio de piedras blancas, que parecían casi de plata bajo los escuálidos rayos del sol. Luz se dio cuenta, en cuanto abrió la puerta, que su preocupación acerca de no poder conseguir una cita en el momento había sido infundada. Ella era la única paciente en la sala de espera. Una recepcionista de cabello platinado le indicó que entrara y cerrara la puerta, haciéndole ademanes para que se apresurara, como si la hubiera estado esperando y ella estuviera llegando con retraso. Cuando Luz se acercó a la recepción, la mujer le dio una forma médica que debía completar antes de ser atendida.

—¿Me puede ver el doctor en este momento y luego lleno la forma? Esto es una emergencia —explicó Luz desde detrás de sus gafas de sol.

—El doctor la puede atender inmediatamente después de que usted complete la forma —replicó la dama platinada, señalando los sofás de cuero de color tabaco.

Resignada, Luz se sentó y empezó a llenar las dos hojas de la forma con la mayor rapidez posible. ¿Ha tenido asma? Sí, de niña. ¿Ha sido sometida a alguna operación? Nunca. ¿Qué medicinas

está tomando? Aquí va la lista. Información sobre el seguro. Porrr supuesto. Cuando terminó de llenar la forma, se la entregó a la dama platinada. Mirando a su alrededor con más calma, vio que en frente de ella había un escaparate con muestras de anteojos, de variadas marcas y estilos, aunque no tantas como en una óptica de franquicia. Algunos marcos eran más bien extravagantes. Uno de color púrpura y naranja le llamó la atención. Perfecto para Halloween.

La asistente desapareció por una puerta que Luz se imaginó era la del despacho del doctor. Luego de un momento, la dama platinada reapareció y le indicó que pasara.

—Gracias, Pat —dijo una voz desde adentro.

Luz entró en la oficina tal como le indicaba la asistente, a quien en su fuero interno apodó PlatiPat. La oficina del doctor parecía más una biblioteca. Una mezcla de libros nuevos y otros de lomos gastados descansaban sobre las repisas de madera que cubrían dos de las paredes. En la tercera había una ventana grande, al pie de la cual estaba el escritorio, y en la última, el equipo para hacer exámenes visuales.

—Bienvenida a mi clínica, soy el doctor Randa —le dijo un hombre delgado y alto, de pelo gris recogido en una cola de caballo, bronceado a más no poder, que llevaba un mandil verde agua. Le pidió a Luz que se sacara las gafas, y retrocedió casi un metro, cada orificio de su cara abierto a su máxima extensión, cuando vio los ojos de Luz.

—Yap, tal como indiqué en la forma.

—Extraordinario. Extraordinario. Usted escribió que ha tenido esta condición desde esta mañana ¿Es correcto?

— Lagrimeo azul desde hace casi dos horas.

—Ya veo. ¿Siente alguna molestia, dolor, irritación?

—No. No siento ninguna molestia aparte de este lagrimeo.

—Okay, veamos qué pasa aquí —el doctor se lavó las manos, se sentó delante de ella y le examinó los ojos con diferentes lentes y otros equipos; luego le hizo un examen de visión. Al acabar, Randa parecía incluso más desconcertado. Le confirmó lo que ella ya sabía—. Es evidente que su visión no ha sido afectada. Usted tiene una vista perfecta... ¿Tenía una vista perfecta antes?

—Sí, siempre.

—Esto es fascinante —se llevó una mano al mentón y entrecerró los ojos, tratando de taladrar con su mirada las pupilas de Luz—. Lo primero que quiero hacer es medir la resequedad en sus ojos. Puede parecer extraño, pero a veces los ojos producen lágrimas porque están secos.

Randa hurgó en uno de los cajones debajo de las repisas y sacó una caja blanca de Ophtalmic Strips for Tear Test; le explicó brevemente el procedimiento. Luego puso una de las tiras dentro del párpado.

Las voy a dejar por cinco minutos en sus párpados. Me dice si siente alguna molestia.

—No siento nada.

—Excelente. Solo tenemos que esperar unos minutos.

El doctor Randa graduó la alarma, y examinó las muestras en cuanto sonó el timbre.

—Usted no tiene sequedad en los ojos —le informó.

— Como le dije antes, no siento molestia o irritación. No he sentido que mis ojos estén secos.

—Necesito descartar todas las posibles causas una por una. El siguiente paso será hacer un análisis de sus lágrimas, ver qué hay en ellas. Debo tomar una muestra, que la recojo con esto —le dijo, mostrándole otro juego de tiras.

—¿Me ayudaría eso a mí?

—No lo puedo garantizar; no estoy seguro. A lo mejor podemos identificar la substancia que está causando ese cambio en el color de sus lágrimas.

—Bueno, realmente no es un cambio de color. No tenían color antes.

—Por supuesto, me expresé mal. ¿Prosigo?

—¿Cuándo estarían los resultados listos, y sabríamos lo que significan?

—Al fin del día. Voy a darle prioridad total a su caso. Espero que sí.

—No tengo nada que perder, supongo —Luz se encogió de hombros.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

—Soy curadora en un museo. Muy ocupada precisamente ahora montando una exhibición. Cierto, ¿hay manera de averiguar qué azul es?

El doctor se tomó un momento para responder —Trataré. No lo garantizo. ¿De qué es la exhibición?

—Sketches y pinturas de otro pintor hombre, misógino, muerto y famoso.

—¿Tiene un nombre?

—Sí, pero prefiero no decirlo.

—Ya veo....

—¿Qué ve? Todavía no se ha terminado el test.

—Veo que usted está muy estresada.

—¿Está diciendo que esto es causado por estrés?

—Para nada. Pero nunca he visto algo así. Francamente, no sé qué lo puede causar. Es lo que estoy tratando de averiguar con los análisis, ¿no?

Luz levantó las cejas imperceptiblemente.

—Examinamos sus lágrimas y la llamamos, espero, al final del día —Randa retiró las tiras y las colocó dentro de una caja de vidrio.

—¿Y yo qué hago mientras tanto?

—Puedo sugerirle que siga usando las gafas de sol y tenga tisúes a la mano. También trate de virar sus ojos para arriba; eso ayuda a parar las lágrimas. Funciona para alguna gente; ojalá le sirva a usted.

—¿Qué? ¿Retorcer mis ojos? ¿No tiene algo más científico que me pueda recomendar?

—Estoy pensando en algo más —luego de una pausa, añadió—. Estas son unas gotas para ojos con excesiva humedad. Le

recomiendo que las use. Aplíquese una gota en cada ojo pero solo cuando lo necesite. Por ejemplo, si está manejando y necesita ver bien. Pero no las abuse porque le podrían secar los ojos demasiado. Deje pasar por lo menos cuatro horas antes de volverlas a aplicar.

—¿Hay contraindicación para usarla si se toma Prozac?

—Vi que puso esa medicina en la forma. No hay contraindicación.

El doctor tomó un frasco pequeño de color café oscuro. Su tapa tenía un aplicador tubular largo. Un envase común. Pero tal vez por la manera en que la luz se reflejaba en el frasco, o porque el azul le hacía ver las cosas de manera diferente, a Luz le pareció el envase apropiado para una poción mágica.

Randa le aplicó las gotas delicadamente. Luz sintió un frescor agradable y luego una cierta tirantez en los ojos.

Las gotas parecían haber empezado a surtir efecto. Sus ojos y mejillas estaban secos. Brotes de esperanza empezaron a crecer en su mente. Miró el reloj. Estaba a tiempo para reunirse con su colega. Y luego, a la oficina de recursos humanos. Quería terminar con la situación de una buena vez, incluso si le costaba el trabajo. Lo que no se perdonaba, a veces, era cómo lo había dejado seguir por meses sin haber actuado. Pero ahora estaba tomando control. En su bolsa, en su cuaderno de apuntes, tenía fechas, expresiones literales, gestos, y la grabación que había hecho con su teléfono. Material que ya había incluido en su reporte.

En vez de regresar a la oficina por la calle por la que había ido, Luz tomó la calle siguiente. Era una calle más residencial, con más árboles, menos transitada. Pensó en las rutas no tomadas. Pensó que nada era inevitable. Pensó en la ex-colega que la respaldaba. Pensó en cuando ella quería ser artista, y en cuando renunció a serlo. Al principio creyó que lo había hecho por pragmatismo, porque optar por una carrera más segura era una mejor estrategia de vida. Luego se dio cuenta de que había sido por falta de fe en su talento, por miedo a descubrir que no lo tenía. Pensó en el placer absoluto que había sentido de pequeña cuando sumergía sus manos en pintura para niños, lavable y espesa, y creaba formas de los colores que se le antojaban. Ella, pintando con su mamá en la mesa de la cocina cubierta con papel periódico.

Se aplicó las gotas nuevamente antes de ir a la reunión, de manera que no tuvo que usar las gafas. Se sentía extrañamente tranquila exponiendo lo que tenía que decir, y luego contestando con calma las preguntas. Le pareció que la escuchaban con atención y respeto. La reunión duró más de una hora.

Pasó por una tienda de Blick Art Materials y compró lienzos y acrílicos. No lo había hecho en años. Los saboreó con los dedos.

En casa, mientras se preparaba a comer una ensalada de tabule con humus y pita, el teléfono vibró en su bolsillo. Era el Dr. Randa.

—Le tengo buenas noticias. Su azul no es azul egipcio. Si no, estaría emitiendo radiaciones infrarrojas, que son muy peligrosas

para la piel y los ojos. Probablemente ya estaría a riesgo de quedarse ciega.

—¡Qué buena noticia! —replicó Luz con toda la ironía que el teléfono le permitía transmitir.

—El azul que usted segrega es azul prusiano —continuó Randa, impertérrito— es un color nacido de una reacción contra un veneno, y esta reacción hace que el líquido salobre se torne azul. Como usted probablemente sabe, este color se usa como píldora para combatir envenenamiento por metales. Es como si su cuerpo se estuviera curando.

—¿Curando de qué?

—No lo sé. Tal vez usted sepa.

—No tengo idea. Se me ocurren un millón de cosas ¿Y cuánto tiempo durará esto?

—Me aventuro a decir que durará hasta que descargue lo que la está envenenando. No sé cuánto tome. No le puedo dar una respuesta definitiva. Nunca he visto algo así. En todo caso, no soy el profesional adecuado para darle una respuesta.

—Y qué profesional me recomienda, entonces, ¿un chamán?

El eco de su voz le retumbó en el oído como si viniera de un portal de otra dimensión, e hizo que, por contraste, la pausa de silencio que siguió se sintiera aún más sobrecogedora.

—Creo que debería ir donde su médico general —contestó Randa.

Luz regresó a la mesa a terminar su cena. Mientras revolvía el tabule con el tenedor, decidió hacer caso del consejo de Randa. En la mañana iría adonde su doctora. Y si ella no podía ayudarla, iría adonde un chamán, for real. Iría adonde fuera necesario. Miró el plato con desgano. Por más que se esforzaba, no podía comer. Se sentía con malestar, dolor, irritación; con una opresión en el abdomen. Supo al vuelo de qué se trataba. Fue al baño y confirmó sus sospechas. Randa tenía razón. Esto sobrepasaba su jurisdicción. Trató de mantener la calma y de convencerse de que lo que la aquejaba era bueno, que se estaba curando a sí misma. Con manos agitadas se cambió el calzón manchado y se puso una toalla sanitaria, que inmediatamente quedó impregnada de su periodo azul.